

LA CHIQUILLA.

I

El sol penetraba á raudales por la ventana abierta. Jugeteaba sobre la raída alfombra, trazando cuadros de luz que se prolongaban en aurea franja desde el cuartito pequeño, perdido en las azoteas, hasta el poniente, que en ese instante fulguraba, lanzando al espacio, pálidamente azul, ráfagas de tinte rosa, que se estremecían, esparciéndose con lentitud, hasta transformarse en manchas que salpicaban el firmamento, en

donde lucían las tonalidades del iris: el rojo incandescente que incendiaba el ocaso; el amarillo suave, que era algo así como una sonrisa del escarlata; el verde, de transparencias exquisitas; el lila, semejante al color de las venas que se adivinan bajo los cutis blancos; el rosa, que se unía al azul del cielo en un beso arrobador de virgen.

Era una invasión de rizos rubios, de crenchas doradas que se agitaban. La habitación refulgía. Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes, resplandecían, en medio del luminoso polvillo. Sonreía la tarde, con la sonrisa de los rayos errantes, y el resplandor del sol, próximo á extinguirse, prodigaba sus halagos á las cimas, á las torres, á las cúpulas, á los altos ramajes, á los techos lejanos.

Y en aquella bacanal desenfadada de luz, el traqueo de la máquina de coser, puesta á un lado de la ventana, resonaba acompasado, lento unas veces, con lentitud de agua corriente; presuroso otras, como torrente que se despeña.—Antoñita, los pies en el pedal, imprimía el movimiento que estaba en relación con su ánimo; con las manos afiladas, pasaba el lienzo por debajo de la aguja;

guiaba á ésta á lo largo de los bordes, volteando, ó á veces en dirección recta.

Absorta en su faena, no se daba cuenta de la fiesta del sol, que se efectuaba en derredor. Con la mirada fija en la costura, entonaba en ocasiones cancioncillas de ritmo blando, juguetonas, traviesas como pensamientos de niño. Ya eran tristes, con la tristeza de la tarde otoñal; ya melancólicas, con melancolía que se creyera un refinamiento del regocijo. Pero, con frecuencia, de la melodía que revelaba la pena, nacía otra, acusadora de inocente placidez.

Cantaba con los ojos bajos, musitando casi. Sus tonaditas improvisadas, confundíanse con el gorjeo de los canarios,—cuyas jaulas colgaban del dintel de la puerta,—saliendo hacia afuera arrebatadas por el remusgo. De pronto callábase, permaneciendo silenciosa por un instante, cual si la embriagase la tarea emprendida con ardor, con furioso deseo de darla fin, y ganar el tiempo perdido en el ensueño. Trabajaba con seguridad prodigiosa: sus dedos largos, coronados por rosadas uñas, se deslizaban hábiles junto á la aguja, sin temor, considerándola como buena y vieja amiga que les acariciaba. Mas cuando advertía alguna irregularidad en la

puntada, llevábase la mano á la frente, con impetuosa gracia, y revolvió la rubia cabellera que aureolaba el rostro, para tornar en seguida á su reposo de antes, á su amor inefable hacia la prenda que en breve estaría concluída, yendo después á lucir en el escaparate su gallardía de hija de obrera cuidada y discreta.

Súbitamente, apagóse el ruido de la máquina.

Antofita cogió la falda donde diera la última puntada; examinóla con insistencia, con tenacidad. Paseaba su mirada atenta por las costuras. Y de aquella mirada brotaba un amor dulce, un amor infantil, que envolvía en suave caricia la labor de unas horas.— Luego suspiró, satisfecha, y, desperezándose, dejó errar las pupilas por el girón de cielo que se extendía más allá de la ventana.

Era rubia. La cara, un tanto oval, hacía gala de la blancura de la tez, que se arrebolaba levemente á causa de la fatiga, pero que casi siempre aparecía pálida, no con palidez enfermiza, sino con la palidez peculiar de los temperamentos nerviosos. De nariz mitad recta, mitad aguileña, recordaba los mármoles antiguos y los cuadros cristianos. En la boca pequeña, de labios delgados que á

menudo descubrían blanquísimos dientes, albergábase una sonrisita que se dijera irónica, á no ser por la afabilidad ingenua que á las claras acusaba. La frente, no muy espaciosa, sin ser por eso deprimida, tenía un encanto de soñadora, de musa apenas entrevista por la mente ardorosa de un poeta.

Se levantó, encaminándose á la ventana, en la cual se apoyó, contemplando á su sabor la inmensidad del ocaso.

Su cuerpo delgado, de caderas y pechos que empezaban á desarrollarse, no incitaba al placer, no provocaba el deseo que insinúan los rebosamientos de carne joven y bien oliente. Sin dejar de ser sus formas bellas, eran formas de niña, y, por lo mismo, no atraían la contemplación obstinada. Tenía veinte años y su cuerpo apenas comenzaba á redondearse, á poseer las curvas juveniles, que entonces diríase se anunciaban tímidamente, apareciendo en el talle, con un ligero pronunciamiento en los senos, y más abajo de la cintura desprovista de todo cimbreo ó voluptuosa cadencia.

Era pequeña. Una muñeca rubia no tendría la gracia de aquella mujercita delicada. Los calaverones de la vecindad, al observarla de reojo por las tardes, cuando atravesaba

ba el patio, decían, encogiéndose de hombros:

—¡Vaya que esta niña no es muy apetitosa que digamos!

Efectivamente: Antofita, vista por detrás, más bien semejaba chica á quien recientemente se han bajado las enaguas, que mocetona de veinte abriles, laboriosa y seria como la mejor; callada y tranquila siempre, como modistilla que gana sus dos duros diarios, y la tiene sin recelo el «qué dirán» de las gentes que buscan muchachas gruesas y núbiles para extasiarse.

Hallábase inclinada, con la barbilla sobre la mano. Miraba el atardecer con ojos dulces habituados á tal espectáculo, que constituía un recreo inefable después del trabajo.

El sol había huído del cuarto perezosamente. Primero dejó de iluminar el cielo raso, en donde poco antes se recreaba, envolviendo en la caricia de sus rayos los trozos multicolores de tela esparcidos por la alfombra. Ascendió al muro del fondo, haciendo brillar con brillo opaco el papel azul. Entretanto, la claridad que antes invadía la salita, desvaneciase. Las mesas, las sillas, las estatuillas de barro, desentábanse en medio de una luz

gris, que participaba de las languideces de la tarde.

Desapareció el cuadro luminoso que pausadamente iba acercándose al cielo raso; colóse la sombra con lentitud. Los tonos del gris se sucedían, uno á uno, del gris claro, transparente, al gris plomizo, casi negro.

Antoñita continuaba en la ventana. Experimentaba arrobamientos deliciosos ante el atardecer. Aquella muerte del sol le traía á la memoria el recuerdo de la agonía de los actores en los teatros: la agonía de Margarita en brazos de Armando; la extinción dolorosa de Frou-Frou; el suspiro melancólico de Mimi, que se dormía reclinada en los almohadones, cuando Rodolfo corría la cortina de la alta ventana de aquel cuarto de bohemia bajo cuyo techo se cobijaron sus amores y sus versos. Recordaba las lágrimas derramadas allá en la galería, junto á la turba emocionada; lágrimas gratísimas, que dejaban en el alma un bienestar inexplicable. Y recordaba también sus sonrisas de muchacha candorosa, cuando en el sainete final veía llena de vida y de salud á la artista muerta en el acto anterior.

Así era el sol. Ella le llamaba, en sus ratos de expansión, entre risas y charlas, *el*

gran cómico.—Todas las tardes veía su mus-
tio declinar, no con regocijo ni poseída del
dolor, sino experimentando un sentimiento
de un dulce-amargo exquisito, que á la ma-
ñana siguiente, cuando abría la ventana, se
transformaba en júbilo, al ver el cabrilleo
retozón de la luz.

En el ocaso parpadeaba aún el crepúsculo.
Lamos de rosa, girones de lila, discurrían
por el cielo, fugaces, medrosos ante la noche
que asomaba la adusta faz en el orto. Sutil
franja de púrpura irradiaba en el límite del
horizonte que la joven contemplaba por en-
cima de los techos. Y el firmamento, lim-
pio, sin nubes, palidecía.

Lentamente, los resplandores rojizos fue-
ron apagándose; las gasas esparramadas en
el dilatado piélagos, se desvanecieron. Una
postrera palpitación estremeció el poniente,
que, de súbito, se hundió en la sombra.

Antoñita abandonó la ventana, tornando
á ella luego de dar un paseo por la habitación,
á obscuras. Acodóse en el marco. La tona-
dilla no salía ya de sus labios. Sus cabellos
rubios, enmarañados por el viento de octu-
bre, caían á veces en menudos rizados sobre la
frente. Cerraba los párpados, pensativa,
embriagada por la noche, tan tibia, que se

creería de primavera. Aspiraba con fruición
el olor de los claveles de los tiestos que des-
cansaban sobre la ventana; los heliotropos la
sumían en el ensueño con su perfume, que
llegaba á ella blandamente.

Escuchó ruido á su espalda, y, sin volver-
se, preguntó:

—¿Eres tú, mamá?

—Sí, hija. Pero, dime, ¿por qué en estas
tinieblas?

Dejó el chal sobre una de las sillas; lim-
pióse el sudor que bañaba el rostro, y co-
giendo la caja de cerillos, se dispuso á encen-
der la lámpara.

—¿No ha vuelto Lena?

—No, mamá.... Ya sabes.... La ami-
ga, esa amiguita que ahora tiene.... Clara
Ruiz....

—¿Cómo! ¿Te disgusta? ¡Ave María Purí-
sima! Pero, no seas tonta, Antoñita. Es una
buena muchacha, y tan amable, que, mira,
hoy por la mañana, cuando saliste, subió
trayéndome un paquete de dulces. ¡Y esta-
ban tan ricos!....

Macilenta luz iluminó la pieza. Los mue-
bles se dibujaban con vaguedad en la penum-
bra. Sólo se distinguían los juguetes colo-
cados simétricamente sobre la mesita en don-

de doña Pepa, después de atravesar la sala con paso tardo, fué á poner la lámpara.

En seguida se acercó á la moza. La acariciaba, prodigándola diminutivos con zalamera voz.—Excusábase de su demora. El P. Morales había predicado un sermón después del rosario.—¡Y qué sermón! Ya vería su niña cuando fuese á la Santa Veracruz, quién era el P. Morales. Aseguró que su fama de orador sagrado volaba ya por todo México, y que no había señora amante de la religión ni caballero devoto, que no le conociera y admirase. El más impío se conmovría al observar los ojos de los fieles llenos de lágrimas.

Y como Antoñita, que la oía sin atención, mirando al cielo, se volviese en ese instante, doña Pepa la besó en la boca.

—¿Por qué siempre callada?—decíala.—¡Si tú jamás te entusiasmas! Quisiera darte algo del fuego de Lena. Eres muchacha y pareces vieja: no tienes deseos, ni gustos, ni nada...

Ella sonreía, pasando sus manecitas por los cabellos entrecanos de su madre.—No había razón para alegrarse ni para reírse á todas horas. El trabajo era lo único que la agradaba. Por lo demás, nunca *manifestó*

sufrimientos. Su querida mamá lo sabía perfectamente.

La buena señora hizo un guiño de incredulidad.

—Anda, anda, mosquita muerta... Si yo te dijera lo que se susurra allá abajo... Si yo te contase que un señoritín que no olvidas, está próximo á venir...

Antoñita se estremeció. Miró luego á su madre, con la mirada clara de sus ojos azules, cual si intentase penetrarla.

—¿Qué dice usted?... ¿El?...

—Sí, él, Eugenio...

Quedóse pensativa la muchacha largos instantes. Luego, alzando el rostro que reflejaba un gesto de tristeza, murmuró:

—¡Es tan difícil!... Quién sabe, mamá, si sean fantasías tuyas...

En el arcaico reloj dorado, regalo que á doña Pepa hicieron en su ya lejana boda, la aguja marcaba las siete menos cuarto. Antoñita se alarmó. Había prometido á su patrona, Madame Bernard, entregar el trabajo á las seis y media. ¡Se retardaba ya quince minutos!—Corrió hacia la silla que estaba cerca de la máquina, y revolviendo paquetes de encajes y de telas, hubo de coger las prendas ya listas: una falda de lana azul, y la blusa

blanca que terminara poco antes. Envolviólas cuidadosamente, se dirigió á la recámara vecina, echóse de prisa el chal, y despidiéndose de su madre, salió.

La vivienda, de construcción reciente, hallábase en lo alto de la enorme y vetusta vecindad. Era pequeña, incómoda; mas doña Pepa hubo de preferirla á otras, por el aire sano que allí se respiraba. Más allá de la puerta de la sala que formaba ángulo con el resto de la casa, simulando una L, estaba la del comedor, y al final, junto al rincón formado por dos muros, encontrábase la escalera de caracol, una escalera estrecha de palo, de peldaños gastados por el uso, que chorreaba agua fangosa en tiempo de lluvias, y que durante la noche permanecía casi en sombras, bañada por la luz de tosco farolillo.

Antoñita bajó con ligereza de colegiala, haciendo resonar los escalones con el vivo taconeado de sus choclos. No sentía embarazo en aquella boca de lobo en la que se metía diariamente, al anochecer, cuando iba á casa de la aristocrática modista parisiense, con el fin de cobrar la cotidiana labor.

Cuando llegó al descansillo del primer piso, un ventanuco situado á la mitad de la

pared, se abrió, dando paso á la cabeza angulosa de sexagenaria vieja de narices prominentes, boca desdentada, y ojuelos que relucían en la sombra, cual si fuesen los de un buho.

—Muy buenas noches, niña.

—Felices las tenga, doña Manuela,—respondió la chica, que se detuvo contrariada al escuchar la voz ronca.

Esperó un momento, haciendo girar el bulto entre sus manos, impaciente. A pesar de su innata dulzura, aburríala aquella pécora que asechaba su paso con el propósito de retenerla, relatando chismes y poniéndola al tanto de las novedades del caserón. Ya iba á partir, cuando la idea de que doña Manuela sabría algo de lo tan misteriosamente dicho por su madre, la clavó en su sitio.

—¡A que no le han dicho á usted lo que se murmura por allá abajo!

La moza enmudeció de puro gozo.

—Dicen unas cosas... ¡Ay, mialma! si no fuera usted tan niña y tan inocente, no dejaría juntar á su hermanita con esa desvergonzada...

—Antoñita sentía una crispación nerviosa. Quizás hubiese transcurrido ya otro cuarto

de hora, y aún no abandonaba la casa ni nada descubriría.

—Porque, créame, Clarita no anda en buenos pasos, y tarde que temprano se hacen públicas las cosas... ¿Ignora usted que el señor Cortezo salió por las ventanas?... Pero el cuento es largo, y voy á explicarle....

—No, perdóneme, interrumpió Autoñita.—No puedo detenerme.

—Entonces, ya se dará otra vueltecita por aquí, y charlaremos.

Su acento era recio, á la manera de estallido de fusta; y la muchacha, queriendo á todo tranee escapar antes que de nuevo comenzara el chismorreo, dió las buenas noches y descendió corriendo. Ya en el patio, anchuroso y débilmente iluminado por la llama de un farol de petróleo, marchó presurosa, desengañada, esquivándose.

—Si á oídos de doña Manuela no llegó,—pensaba, absorta,—es mentira lo que dijo mamá.

Media docena de granujas, con las ropas desgarradas, los moquetes negros de tierra, retozaban, empujándose, brincando. Sus voces melífluas de pequeños, uniéndose en una sola, hacían retemblar la casona. Del interior de las viviendas, por las puertas en-

treabiertas, se escapaban sollozos de niños, vozarrones de hombres furiosos, regaños de mamás irritadas por las diabluras de sus hijos. En medio, bajo un cobertizo miserable de zinc, se destacaban de la media luz reinante, las manchas negras de los lavaderos, á lo largo de cuyas tuberías aun cuchicheaba el agua sucia, con cuchicheo misterioso.

Un malestar inexplicable se apoderaba de Autoñita cuando pisaba las baldosas negras del patio. Aquel ruido que no se interrumpía, aquel ambiente de lucha bestial que allí se respiraba, la oprimían el corazón. Huía con presteza, fija la mirada en el portón del zaguán, que se abría al fondo, rebosante de claridad, dejando ver un cuadro tupido de follaje, brillantado por luminoso fulgor.

Cuando pasó el umbral y encontróse en plena calle, suspiró satisfecha, deslumbrada, aturdida. El hondo respirar de México escuchábase distintamente. Los paseantes se codeaban en la acera. Los obreros, enardecidos por el pulque, despidiendo un tufillo de pipa mal lavada, iban cogidos del brazo, disputando; llevábanse las manos á los bolsillos y hacían sonar, con argentino tintineo, los restos del jornal, mirando de reojo al gendarme, que, estacionado en la esquina,

se cruzaba de brazos, con aires de guardián celoso. Las criadas, mugrientas, se escurrían, casi rozando el muro, con los cestos en la mano, riendo airadas ó dichosas cuando alguien las cerraba el paso brutalmente.—Corrían los trenes, seguidos de exótica música de ruedas y timbres sonoros: se les veía venir, cual si brotaran de la indecisa mole de edificios que recortaba el cielo sombrío, para perderse después en occidente, desvanecidos en la lejanía.—Los vendedores ambulantes gritaban, con acento gangoso, mientras que un fonógrafo, en la cantina próxima, destrozaba una aria de *Payasos* ignominiosamente.

La masa de follaje de la Alameda contrastaba con su tono verde oscuro con las fachadas irregulares. Era un amontonamiento de árboles, de flores y de tallos, á través del cual se filtraban estrías de luz blanquecina; un vergel que esparcía en torno oloroso vaho de frescura que hacía presentir la risa perlada del agua, el canturreo monótono de los grillos que se embriagaban en amoríos apenas soñados en nidos de hojas.

Antofita atravesó la avenida, risueña, después de haberse detenido al ver un tren que avanzaba. Sonreía, sentíase poseída de íntimo regocijo por las noches, cuando cami-

naba con andar rítmico, con el bultito debajo del brazo, después de la ruda tarea. La fatiga consiguiente á toda faena, hacía experimentar un cosquilleo voluptuoso, sumiéndola en grato sopor.

Tomó por uno de los paseos. A esa hora, la Alameda estaba casi en silencio.—El charloteo de los niños, las carcajadas de las nodrizas robustas, que durante el día se oían entre las ramas, no turbaban la paz serena de la noche.—Acortó el paso. La embelesaba la contemplación de la fronda. Su naricilla encantadora dilatábase, aspirando las emanaciones de la tierra húmeda. Y miraba en derredor, con curiosidad de niña caprichosa:—En lo alto, los ramajes parecían entrelazarse, formando un toldo por cuyas aberturas se veían las estrellas, temblequeando en el cristal azul. A los lados, extendíanse los prados: el césped, bañado por la luz, tenía matices extraños; y las flores, mecidas por el aire, esparcían suaves aromas. Al fondo de la calleja, una Venus de caderas prominentes, de túrgidos senos, pintada de verde, alzábase en lo alto de un pedestal, con la casta mirada perdida en las aguas de la fuente, sobre las cuales se quebraban rayos de luz con irisaciones opalinas.

Vióse tentada de sentarse al borde. ¡Se estaría tan bien allí, escuchando el gotear del agua! Mas acordóse de Madame Bernard, y hubo de apresurarse, internándose en uno de los paseos. A la sombra, la sensación de frescor se extremaba, y el atronar de las calles fundábase en apacible murmullo. Allí se percibía intenso el musitar del agua, el susurro de las hojas, el canto de los grillos.

Tan cavilosa marchaba, que un rumorcillo de charla la hizo volverse. Dos chicos pasaban, lentamente: ella, cogida del brazo de él; él inclinado, casi rozando con los labios la frente de la muchacha.

Autoñita aceleró el paso... Renacía en su alma la tristeza, la ansiedad que experimentaba al oír las frases de su madre. En tanto, la amante reía á lo lejos, y aquella risa, hiriendo los oídos de la modista, la impulsaba á huir, confusa, sin saber por qué.

Desembocó en el Puente de San Francisco, pareciéndola que se hundía en un mar de luz. El asfalto fulguraba. Los transeuntes recorrían las aceras, erguidos, lanzando miradas de curioso á las damas que tornaban del Bosque, reclinadas en los cojines de los coches, que caminaban despacio, tirados por soberbios troncos. El tascar de los

frenos, el girar de las ruedas, los silbidos de los papeleros, que iban de acá para allá, ahogaban el resuello de los motores de los automóviles.— A lo largo de las paredes, los escaparates semejaban una enorme ascua. El resplandor de los foquillos caía sobre las telas, artísticamente plegadas; sobre los sombreros de moda; iluminaba los anchos encajes y hacía despedir vivos destellos á las joyas. En las tiendas de ultramarinos, pirámides de latas y de frascos atraían. En las perfumerías, las cajas de raso se alineaban, luciendo el primor de su confección.

Pero Antoñita, disipada un poco su tristeza, sólo se fijaba en los dulces, pensando en el deseo goloso de su madre, al ver las miniaturas de la dulcería francesa agrupadas con exquisito gusto, las cuales ya formaban castillos de hadas, conos multicolores donde el azúcar resplandecía como polvo de piedras preciosas: ó bien se mostraban en platos de cristal finísimo, ó llenando lujosas canastillas.

Detúvose, asechando la ocasión de pasar á la acera de enfrente. El tráfico de carruajes era tan grande, que hacía imposible atravesar desde luego la calle.

Cuando entró en la casa de modas, Madame Bernard charlaba con dos señoras jóve-

nes, mostrándoles las novedades de la estación, con mimos que la denunciaban como persona hábil en tales manejos. Hizo á la vez un guiño amistoso, corriendo hacia ella en cuanto las damas se despidieron.

—Mi querida niña, ¿concluyó V. ya, tan pronto?—interrogó, con marcado acento francés.

—Sí, *madame*, aunque me costó un trabajo inmenso. ¡Figúrese que anoche no dormí tres horas cabales!

La gran modista sonrió, llevando su galantería al extremo de acariciar á Antoñita en las mejillas, lo que jamás hacía con empleadas de la casa.

—¡Eh, ya lo decía yo! Es V. una chica que vale oro macizo....

Y acto seguido, comenzó á examinar el trabajo con nimio detenimiento. Extendió la falda sobre la angosta mesa de cortar, reflexionando. Los forros fueron objeto de especial atención, hizo notar algunos defectos leves, y asintió por último, satisfecha.—La señorita Fernández sería, con los años, una maestra. Ya lo aseguraba ella, Madame Bernard, de todos conocida, y poseedora de una experiencia que nadie podría disputarla.—Y hablaba en voz alta, con aflautada voz de

mujer enriquecida, mirando de reojo á las costureras, las cuales observaban á aquella mocita que recibía los elogios emocionada, con los ojos bajos, murmurando continuamente:

—No, *madame*; la bondad de usted....

De vuelta en casa, encontró á su madre, que la esperaba en el comedor. Era éste un cuartito estrecho, con puerta vidriera que daba á la azotea. Al fondo, el aparador, un viejo mamotreto de encina, deteriorado por el uso, lucía media docena de platos, un *convoy* de metal oxidado, y un ramo de flores silvestres. Cuatro sillas de paja, nuevecitas, hallábanse alineadas junto al muro, separadas una de otra por espacios regulares, cual si la mano que allí las pusiera fuese de burguesa enamorada del orden y la simetría. En el centro, la mesa, pequeña, veíase en ese instante cubierta por blanquísimo mantel, sobre el cual estaban dos cubiertos.

—¡Pobrecita! Estarás muriéndote de hambre. ¿Para qué me aguardas?

Dofia Pepa la besó en la frente, agradecida de su solicitud: bien sabía que á ella no le gustaba sentarse sola á la mesa.

—Entonces, Lena....

—¡Uhm! Duerme la inocente. Volvió can-

sadísima, luego que tú saliste. Acompañó á Clarita..... no sé á dónde....

La amistad de su hermana con Clara Ruiz, causaba á Antoñita una desazón indecible, que no acertaba á velar, no obstante su natural bondadoso. Doña Pepa advirtió una sombra de malestar en su rostro inclinado, pensativo, y hubo de hacerla una muda súplica.—¿Por qué afligirse de cosa tan sencilla? Que Clara era una muchacha coqueta. Bien; lo comprendía. ¿Mas por ventura la coquetería es pecado imperdonable, ó patrimonio de señaladas personas? El mismísimo P. Morales había tratado el asunto desde el púlpito, y á fe que no dijo pestes de las niñas que incurrían en tan insignificante falta.

Antoñita alzó los ojos, y la miró con mirada larga y triste

—¡Ojalá no te equivoques!....—dijo en voz baja.

Estrepitoso rumor de vajilla resonó en la cocina contigua. La sartén, retirada súbitamente de las brasas, chirrió, y Estéfana, la vieja maritornes, arrastrando sus chanclos, apareció en la puerta.

—¡Válgame! ¿Pero todavía no comienzan? Aude usted, señora, que es tarde, y la niña tendrá un apetito...

Despabiló la vela que esparcía mortecino resplandor, y la llama, avivada, derramó sobre los enjabelgados muros repentina claridad. Puso los platos de carne asada, aun humeante, en su sitio, y casi obligó á la chica á que tomase asiento.

Comían en silencio; doña Pepa, con las narices metidas en el plato, cortaba grandes rebanadas de pan, que desaparecían en su boca; Antoñita apenas probaba bocado, con gran descontento de Estéfana, que iba y venía gruñendo frases ininteligibles.—¡Señor! Se moriría de consunción la pobrecita. Ya creía que se alimentaba con aire.—Esto y otras cosas más que nadie imaginara, murmuraba de dientes adentro la cocinera.—Antoñita, comprendiéndolo, sonreía sin responder, acostumbrada como estaba á las cariñosas reprimendas de aquella buena vieja que la arrullara en su infancia; mas, al observar que rondaba la mesa, metiendo ruido con los trastos y mascullando palabras cada vez más fuertes, murmuró:

—Estéfana.... No es que no me guste.... Mira, no tengo gana....

La expresión de la cara rugosa se dulcificó.

—¿Estás mala?—preguntó, asombrándose al ver que la muchacha reía.

—Pues si no es así, ¿por qué no tomas un poquito de arroz? Está dorado, como á tí te gusta.—En seguida, volviéndose á doña Pepa, que continuaba engullendo, ajena á tales disputas, dijo:—Ruéguele que pruebe el arroz....

—Vamos, niña, ya ves que Estéfana....

Cediendo á tan reiteradas instancias, Antoñita aceptó dos cucharadas. Después, cuando hubo terminado, dobló la servilleta, levantóse, y besó á su madre.

—Buenas noches, mamá.

Un soplo de aire puro acarició su frente al llegar á la sala. Por la abierta ventana entraba la noche con sus aromosas brisas, con sus cuhicheos lejanos, con el parpadear de su cielo pálido. Antoñita respiró allí á sus anchas. Sentíase sola, entregada á sus cavilaciones. Encerrada en su cuartito predilecto, refugio perdido en lo alto que cobijó sus ensueños, sus primeros estremecimientos, sus abandonos infinitos de virgen, que se insinuaban en vagas melancolías, en deseos apenas esbozados, en horas intranquilas, impregnadas de una voluptuosidad inocente; reclusa en aquel albergue, que se alzaba por encima de la humana miseria, del lodo amontonado en torno, experimentaba tal bienese-

tar, beatitud tal, que ni ella misma fuera capaz de expresarla.

Se encaminó á la ventana.—Bajo el inmenso dombo en que titilaban las estrellas, la ciudad dormía. Los techos, unos altos, bajos los otros, extendíanse en negruzca masa hasta la línea gris del horizonte, anegados en la lechosa luz de la luna. Lucasitas tenues aparecían aquí y allá, rasgando la penumbra. Las calles semejaban anchas cintas luminosas, que se dilataban paralelas hasta desvanecerse en el fulgor blanquecino que ascendía, esfumándose suavemente en el cielo. El viento traía consigo murmullos casi imperceptibles, ahogados á veces por el silbido de los trenes ó el toque argentino de alguna campana de reloj.

Antoñita entreabría los labios, se embriagaba aspirando aquel olor de noche otoñal. Embargábala una felicidad que tenía algo de triste. A ratos, cerraba los ojos; después, les dejaba vagabundear por los rincones oscuros, por las avenidas apenas entrevistas en el mar de azotas. Gozaba del instante de plácido reposo anhelado durante el día, cuando inclinaba la carita pálida sobre la labor. Absorta, dijérase que su pensamiento, como sus pupilas, eríaba por espa-

cios imaginarios. El hondo respirar de la capital adormilada á sus pies, no conseguía turbarla. Meditaba. Las frases de doña Pepa venían á su mente.—«El ha vuelto, él está aquí».—Y la visión de los amantes que unían sus labios en la calleja enarenada, bajo las ramas, tornaba á ella con porfía, obsesionándola.

II

Antoñita despertó alegre. Un matiz rosado, de adorable frescura, teñía sus mejillas; la risa brotaba de sus labios á borbotones, como al recuerdo de algo placentero. Y un torbellino de palabras, un charloteo continuo hubo de invadir la casa, en cuanto ella salió de la recámara; á tal punto, que los go-

riones que piaban en la azotea, corriendo á saltitos, escapaban azorados hasta posarse en la torre vieja.—Estéfana, que á tal hora volvía de hacer las compras, extrañóse tanto al verla así, que dejando caer la cesta que olía á pan caliente, la interrogó con pertinacia, cual si recelara engañarse y no diese crédito á lo que sus ojos miraban.

¡Nada! ¿Qué se creía la buena Estéfana? ¿Pensaba acaso que su niña iba á permanecer callada siempre? Pero, ¡Virgen María!, ¿quien le había metido tales ideas en los cascos? ¡Ni ella misma lo sabía! Ni el Niño Jesús, ni aquel Niño Jesús regordote y feo del templo cercano, que la buena cocinera tanto temía y ponderaba tanto, era capaz de explicar su júbilo.

—¡Niña! Ni diga usted esas atrocidades... Mire que si el Santo Niño se enoja, se le irá el gozo al pozo...

Y esto lo afirmaba con entonación grave, los ojos puestos en el techo, disimulando á duras penas la carcajada franca que la retorbaba en los adentros, al ver á su ama dichosa. Habituada á la tranquilidad imperturbable de Antoñita, á su discreto mutismo, á su sonrisa más que su risa, era para ella no flaco suceso lo que observaba con el asombro